

POEMAS



MERCEDES DUEÑAS BALLESTEROS

DOS POEMAS

De su libro “Retratos en sepia” traemos estos dos poemas de Mercedes Dueñas. Leemos en la contraportada: “Mercedes, sumergida en su mundo más íntimo, el mismo que le proporciona su familia, no cesa de escribir de todo aquello que de un modo u otro puede despertar una reflexión en su sensibilidad”. Bienvenida, Mercedes, a estas páginas de “Alcántara”.

EPÍTOME

Si vienes, si me buscas
 Me encontrarás amasando pan
 Con las manos limpias,
 Dibujando amaneceres
 En corazones libres de equipajes y culpas.
 Si vienes, descubrirás el molino
 Que mueve la esencia del agua cristalina y pura
 Moliendo el trigo;
 Harina que alimenta al ser eterno del alma viva.
 Si vienes – sin ambages-

Será señal de que encuentre el camino
Y no te perdiste en otras sendas de envidias y mentiras.
Si vienes, si me buscas, si me sientes, si me miras
Será la nota principal de tu vibrar
El sonido celestial del que sabe buscar y encontrar
El que halla paz, comprensión y verdad.
Si vienes, si me buscas, si me encuentras
Y ¡te escuchas!
Te hallarás a ti ocupando mi lugar.

LA BRÚJULA

¿Qué o quién hará girar la brújula
En dirección correcta?
No sé si estoy demasiado cerca
O demasiado lejos...
Lejos del mar y del llanto
De la espuma, de la sal o del azul del cielo,
Demasiado lejos del bosque,
Y cerca de sus raíces,
Lejos de la cúspide;
Demasiado cerca de la verdad.
No sé si estoy demasiado cerca de las sombras
O demasiado lejos de la luz.
Tal vez sea a la inversa, pero...
Estar estoy, siempre estoy, al otro lado de la calle
Calle donde la esperanza aguarda mirando las estrellas,
Mientras los días se suceden
Repitiendo las mismas historias
A la espera de que la brújula marque
La dirección correcta
Y el hombre por fin encuentre el norte.



RELATO

JOAQUÍN PÍRIZ CASAS

EL PILAR DE “EL CUARTO DE ENMEDIO”

En mi pueblo, Barcarrota, como en los pueblos de alrededor que conozco y me imagino que en otras villas donde abundan los latifundios, existen lo que llamamos Terrenos del Común o Fincas Comunales. No he conseguido averiguar el origen de las mismas, mas me imagino que procederán de una generosa dádiva que en su día los acaudalados señores que fundaran los municipios, hicieran a los moradores de éstos en gratitud a otros servicios prestados y para procurarles alimento y sustento.

Estos predios tienen una legislación unificada a la hora de su distribución entre los ciudadanos y, en el caso de no interesar al comunero el aprovechamiento de su parte, se ve compensado con los emolumentos que los demás pagan para gozar del trozo de terreno que al paisano le correspondió. Es ésta una partición hipotética ya que nadie sabe cuál realmente es el terreno que le ha tocado en suerte. Lo que sí saben todos es de su existencia y que una vez al año cobran una pequeña cantidad denominada “Derecho”.

Para que las normas se cumplan estrictamente y que todo hijo de vecino tenga idéntica facultad de percepción o utilización, los municipios nombran a una serie de personas que conforman lo que se llama “Directiva” o “Junta rectora”. Al organismo, en el caso de mi pueblo, lo denominan Benéfica. Como ocurre con los gobiernos de otros mecanismos, sus miembros son reeligidos o sustituidos con una determinada temporalidad.



Barcarrota

El lector que conozca mis otras aspiraciones se preguntará: ¿Para qué nos cuenta éste el “rollo “macabeo” de La Benéfica? Para mí quisiera yo la vasta sabiduría de cronistas e historiadores de mi patria chica como Nely, José Ignacio o Paco “Quinito”. De todas formas, esta aburrida introducción solo me sirve para situar al lector en el marco donde fijo el relato.

Barcarrota está situada al suroeste de la provincia de Badajoz, en la comarca de Jerez de los Caballeros y presume, no sin razones, de tener bellas y ricas dehesas. En ellas se crían

y nutren diferentes especies animales, destacando el cerdo ibérico y las vacas de carne. La condición de manejo extensivo y la cantidad de bellotas que generan los adustos y extensos encinares, proporcionan al primero una calidad excelsa, sólo comparada con la de otros términos de semejantes características como Salvaleón, Higuera de Vargas, Fregenal ... Y es este precioso enclave el que otrora fuera generador de abundantes especies cinegéticas entre las que destacaba el hoy maltrecho conejo de monte.

Las fincas del Común supusieron para mi progenitor el cénit de sus cacerías en la etapa del más amplio disfrute. Esto tiene mucho que ver con el conocimiento que de los terruños de dichos predios tenía en la época que voy a datar a mi relato. Yo era apenas un niño cuando los gozos de la partida de mi maestro sucedieron. Sin embargo, por sus transmitidos recuerdos, es posible que alguno ponga en pie. Pero eso será en otro momento. La afición a la venatoria de nuestra familia estaba sin duda propiciada por la que mi abuelo y posteriormente mi padre tuvieron. Y fue éste último el que contribuyó a la transmisión del gen cazador a hijos y agregados.

De las bonanzas de estas heredades del Común solo puedo tener buenos recuerdos, ya sea acompañado por la cuadrilla familiar o por la de amigos que formé posteriormente.

Incomparable el marco. ¡Cuánta gente de otros lugares desearía por un solo día pisar las hierbas de nuestras idílicas dehesas! En algún momento he pensado que somos dichosos porque el descubrimiento generalizado de la oculta belleza de estos rincones no se haya producido todavía.

Memorable sería para mí la jornada en que, contando con escasos siete años, se me permitió asistir a una tirada de tórtolas. Mis recuerdos, como el lector entenderá, son pocos fiables. En mi memoria queda un madrugón de importancia para acercarnos con el R4 hasta el lugar donde se habían avistado multitud de tórtolas y que, por cierto, al igual que mi padre, conocía el resto de aficionados.

Escuchamos que determinadas partidas y sus componentes, intuyendo buena percha, decidieron pernoctar en el cazadero, surtidos de suculentas y abundantes viandas sólidas y líquidas. ¿Llegó a ser Bacanal su junta?

Lo cierto y verdad es que el día de autos, desalojando nuestros lechos muy de madrugada y tras ingerir un café con galletas, como de costumbre, dirigimos los pasos hacia el consabido sembrado. Cuando, próximos a él, la orografía nos permitió ver en su totalidad el escenario, las imágenes recomendaron a mi padre ubicarnos lejos del foco a donde acudirían las aladas para evitar desafortunados accidentes. El acierto fue rotundo. Y digo rotundo porque su sabia decisión propició, por una parte el librarnos de la posibilidad de percibir algún perdigonazo y por otra, la consecución de una percha que superaba con creces a la de aquellos que se situaron en el centro de atracción de las piezas.

El tiempo pasaba mansamente. Allá, en lo alto de un otero, una única chaparra vigilaba todo lo que pudiera suceder. A sus pies, procurando configurar el mínimo bulto para disimular nuestra presencia, mi padre, dos de mis hermanos y yo, esperábamos recelosos el acercamiento de las ansiadas tórtolas.

Cuando el sol quiso hacer acto de presencia, muchos de nuestros vecinos habían vaciado casi sus cananas. Nosotros aún callábamos. Alguno de los presentes tuvo a bien afear la decisión paternal de ubicarnos lejos del hervidero de aves. Sin embargo, el cazador decidió hacer caso omiso a la queja.

Habrían pasado diez minutos escasamente cuando, a lo lejos y emergida de la marabunta, la primera africana enfiló sus pasos hacia nuestra posición. Con vista sagaz, Jesús, uno de mis hermanos, anunció su presencia cuando se divisaba aún como un pequeño punto en el horizonte. Como era su costumbre, mi progenitor recomendó silencio y quietud y en breve la pequeña avecilla entró en su campo de tiro. Certero disparo hizo bajar de su sueño a la tortolilla y, rápidamente, la secuencia volvió a repetirse.

No quisiera yo expandirme en los elogios al buen hacer y la puntería de mi padre, pero no faltó a la verdad si digo que es éste el único día de mi vida que he visto en vivo y en directo aprovechar la entrada de las piezas con tanto esmero. Incluso pude asistir a la ejecución de varios dobles que, la aún blanca y desocupada memoria, grabó en lo más profundo.

La jornada tocó a su fin. El mayor de mis hermanos había acompañado a un pariente integrante de la cuadrilla, para aliviar en algo la numerosa concurrencia. Esperamos su llegada y, una vez alcanzaron nuestra posición, relataron el resultado de su hazaña cinegética. Dos únicas piezas colgaban de su percha. La recelosa mirada de ambos al descubrir el montón que yacía tras nosotros fue elocuente. En lugar alejado, solitario, con plena seguridad y tranquilidad de que nada pudiera ocurrirnos, mi maestro había conseguido bajar dieciséis de estas codiciadas avecillas. ¿Acertó a elegir el lugar de casualidad? En conversación posterior pudimos descubrir que las sedientas y asustadas africanas trazaban una línea recta hacia el Charco Vaquero que se encontraba a nuestras espaldas y, en su frenética huida, habían de pasar justo por el lugar en el que nuestro grupo estaba enclavado.

En marcha hacia el hogar tropeizamos con aficionados que habían tenido la oportunidad de disfrutar de un puesto en el céntrico lugar al que las tórtolas tenían especial querencia por disponer allí de abundante comida. Alguno cobró siete, otros cinco y el que más, nueve. Cuando descubrían nuestra percha, se hacían de cruces por no entender dónde estaba su error. Yo casi lo adivino.



Autor: Mariano Aguayo

Pero éste no es más que uno de los muchos episodios vividos en los queridos predios de La Benéfica. Hice ya mención al cariño que mi maestro le tenía a dichas fincas y, por ello, siguiendo sus expertas indicaciones, nuestros días de goce cinegético se repitieron en los referidos cazaderos.

Por su especial singularidad, quiero evocar un capítulo en el que el pilar que da nombre a mi narración se erigió en protagonista irremediable.

Como a la mayoría de mis recuerdos de estos pagos, me atrevo a datarlo en los principios de los ochenta. Extremadura sufrió una cruenta sequía en estos años que devastó cultivos y desecó hasta el

más valiente de los acuíferos de la zona. Casi con seguridad nos encontramos ante uno de esos días de octubre en los que sobra jersey, camisa y camiseta.

La cuadrilla, por estos entonces, solía dividirse para no superar en número lo permitido por las normas. Con certeza recuerdo la compañía de Bauti, Maroto, Enrique y, como no puede ser de otra forma, de mi padre.

Aunque no fuera lo habitual, decidimos dejar los coches en la primera cancilla de “El Ciruelo”, para saltar la pared medianera de éste con “El Cuarto de Enmedio” y encauzar nuestros pasos hacia la finca de igual nombre, pero diferente propietario, donde llegaba a su fin el hacendado del Común. Al menos uno de nosotros habría de permanecer en el lado contrario de la pared y, adelantado con respecto al resto, dirigirse respetando la distancia de la mano hacia la mencionada “Cerquilla de Mampolín”, sin perder de vista el muro de piedra. El objetivo era evidente: como aconteciera en otras ocasiones, los bandos de patirrojas bien podrían estar a un lado o al otro de la pétrea separación (la caza no entiende de fronteras). Por experiencia, sus vuelos solían direccionarse hacia un “aulagar” tupido, situado al final de la quinta colindante. La densa vegetación de esta maraña de arbustos ofrecía sin duda protección a la sorprendida gallinácea.

La temperatura era sofocante y, a medida que el reloj avanzaba, se incrementaba exponencialmente.

No sería ésta la primera vez que la partida emprendiera aventura por los mismos predios y, si se me apura, con la misma estrategia e idénticos pasos. Sin embargo la caza era aún sorpresiva en estos años y, donde ayer aparentemente no quedó pieza alguna, hoy podría volver a convertirse en el edén del venador. De acuerdo que estamos hablando, por el severo clima del primero o uno de los primeros días de una nueva temporada, pero el

cazador quiere recordar que las últimas cazatas de la pasada desveda no fueran del todo prolíficas en este mismo lugar. Tampoco se esperaba una excelente cría con tan desmedida falta de agua.

Sin embargo, el negro futuro que auspiciáramos, se convirtió al tanto en plácido presente. De ambos lados del emparedado surgieron varios bandos de nuestra pieza reina y, aquí y allá, las escopetas fueron paulatinamente haciendo su agosto.

Pero el misterio principal de este día fue que, llegados al aulagar como pensábamos, encontramos refugiado un nutrido grupo de patirrojas arrastradas hasta allí por nuestra presión, que, con poco acierto para ellas, resolvió volver por sus vuelos (sería incongruencia decir pasos) hacia el lugar de origen. Este particular dio ocasión a la partida a rehacer camino y emprender un nuevo escarceo por idéntica ruta.

No obstante, el fatigoso calor del día nos tenía exhaustos. Así, decidimos hacer una pequeña parada en el acuífero antes de retomar la mano. Recuerdo que la única forma de libar el insignificante hilo de líquido elemento que salía de sus entrañas se hizo posible gracias a un pequeño envase de jarabe que solía acompañarme, soportado por el bolsillo del chaleco donde debe ir la cartera de la documentación. Su volumen, setenta centilitros, lo que da de sí un leve trago. Maroto, tan observador y meticulado como siempre, tuvo a bien calcular con reloj en mano lo que dicho “bidón” tardaba en ser llenado. Si mis recuerdos no me traicionan, eran más de cuatro minutos los que el “caudaloso” conducto invertía en completar el bote.

Aliviada en parte nuestra necesidad, tras vaciar entre todos al menos dos veces el contenido de la diminuta vasija, reemprendíamos nuestro afán por la generosa ladera del cazadero. Tres veces repetimos la jugada y todas ellas dieron positivo resultado.

Tampoco imagine el lector que la percha fuera millonaria. Nunca en mi vida de cazador consiguió la cuadrilla pingües montones de piezas. Quizá el motivo principal, aparte de vivir el que suscribe los últimos coletazos de la bonanza de la caza autóctona, fuera el inculcarnos nuestro mentor la teoría de que la caza es para disfrute y no para exterminarla. Mirado desde un punto de vista egoísta, si en próximas temporada se quiere gozar de igual satisfacción, tiene que haber piezas en el campo que nos la proporcionen. Y, ni la que viene a casa en la percha, ni la descendencia de ella, estará en el escenario en sucesivas jornadas.

Fin de la fiesta, retorno a casa y disfrute de copas conversadas en torno a algún delicioso manjar que la mejor cocinera del mundo nos sirviera con sumo esmero.

–Tita: ¿qué le echas a esto que está tan rico?

–Hijo, mucho de todo y otro tanto de cariño.

Y así finalizaba su guardado secreto y su extensa explicación. Pero el comensal se relamía de gusto una vez más.

El rememorar durante la charla los lances, añadiendo incluso efusividad a la forma en que sucedieron, representaban para el cazador un segundo gozo.

Muchos y más días se sucedieron en este mismo cazadero. Unos fantásticos, como el que acabo de contar; otros mediocres pero no por ello desilusionantes y otros fatídicos aunque me cueste reconocerlo.

Una de estas jornadas que quisiera que nunca hubiera sucedido fue igualmente en un inicio de temporada y con idéntica ruinoso sequía. La partida anduvo cazurreando y no conozco el resultado de la incursión, ya que esto fue lo menos transcendente. Próximo al mediodía fuimos alertados por otro cazador que recorría las fincas de principio a fin con su coche para intentar reunir a todos los que anduviéramos por ellas. Al preguntar qué le acontecía, nos explicó que estaba ardiendo de forma totalmente incontrolada una de las cercas de “El Cuarto de Enmedio”. Raudos nos apresuramos a llegar hasta el incendio sin mediar más palabras. En su foco central se encontraban ya varios improvisados bomberos que trataban de sofocarlo con la única ayuda de haces de retamas que batían contra las llamas para ahogar con tierra las demoledoras lenguas rojas. Nos incorporamos a la misión y recuerdo con claridad que me tocó en suerte compartir propósito con el inolvidable Antonio Sosa. Experto en todo lo referido al campo y sus avatares, me puso al tanto en breves momentos de lo que se pretendía y cómo llevarlo a cabo. Sólo recuerdo un calor sofocante y una terrible impotencia por creer que mi esfuerzo estaba siendo en balde. Al instante sentí cómo un poderoso brazo tiraba de mí hasta casi hacerme caer al suelo. En mi denodado interés por paliar el fuego no me percaté de que éste había descrito un peligroso cerco en torno a mi persona. Zorrita, como apodábamos cariñosamente a mi partenaire, curtido en mil y una de estas batallas, había detectado el peligro en que me había imbuído y no dudó en alejarme del mismo. Con posterioridad tuvimos ocasión de comentar lo acaecido muchas veces. Sirvan estas torpes letras para recordarte y agradecértelo, amigo.

Aprovechando la proximidad de una pared que hizo de cortafuegos y apaleando a las llamas junto a ésta, conseguimos finalmente mitigar el siniestro, no pudiendo evitar sin embargo las funestas consecuencias que produjo al hacendado y que perduraron en el tiempo. Daba real pena ver con posterioridad las encinas abrasadas y desprovistas de parte de su ramaje y, como no de sus frutos. La vegetación que sirviera de refugio a las especies, desapareció por completo, tardando varios años en volver a retomar su bravura y apariencia.

Acontecimientos como el descrito se repetían con frecuencia en la época en que dato mi narración. Quizá la escasez de agua, tal vez la imprecación de unos y otros, los mezquinos instintos de algunos por hacer daño... No sé. El caso es que mi tierra sufrió los maléficos efectos del devastador fuego y aún hoy, inexplicablemente, los sigue sufriendo. Lanzo mi más unánime repulsa contra todo aquel que, con intención o sin ella, sea el causante de la destrucción de nuestro bello y necesario entorno.



RELATO

PEDRARIAS DE ALMESTO

El caso es que sonó el teléfono. Era mi hermana mayor.

—Oye, que hemos estado en el pueblo y he traído algunas cosas. Vente a por unas fotos antiguas del tío; seguro que te interesan. También he traído unas cuantas novelas de Zane Grey y un par de tomos de los Premios Nóbel.

—Voy ahora mismo.

Nos llegaba un tenue olor a gamones, a jaguarzos o a los mismos allosos vareados, tal vez el aroma recio del barzal liliáceo que acosaba a la pared de mica y cuarzo. Un cefirillo solano, extraño, templaba el anochecer y llenaba el altozano de aquel perfume silvestre, cabe la rústica casa de campo.

Mirando al mediodía, tras la tupida depresión, solana y umbría, del arroyo de Valdelaosa, contemplábamos el perfil del Camino de la Cumbre, por donde las fatigas de los cosecheros regresaban al tibio amor del candil. Más allá la lontananza de los predios garrovillanos, borrados ya entre el ocaso y la noche. Alguna lucecilla trémula adornaba el horizonte oscuro.

En el portal de la casa rústica había un poyo largo de piedra en forma de ángulo recto, de forma que sobre el brazo que sobresalía se alzaba un paño de pared, a modo de respaldo, para que los que allí se sentaban estuviesen a salvo del hostil viento solano.

Cuando los vareadores y las apañadoras habían dado la huebra y, a pie o a lomos de jumento, habían vuelto a la noche del lugar, en la casa de aquella finca quedábamos un grupo de personas para pasar la noche del monte. El tío, la tía, un par de allegados de confianza, una mozueta sobrina de la tía y un servidor, que por entonces rondaría un par de lustros.

Mi tío era alto, lígrimo, rojizo, lucía un terno de pana fina amielada, calzaba leguis con hebillas laterales y llevaba casi todo el día un sombrero gris de ala estrecha y cinta oscura. Era hermano mellizo de mi madre y como con su mujer, la tía Ángela, no había tenido descendencia, nos cobijaban a aquella mozueta y a mí en las temporadas estivales de la recogida de la almendra.

Los dos braceros eran Claudio y Valentín “El Chato”, primos de la tía. Dos hombres oscuros por la solajera y el viento. Los tres habían estado en la contienda.

En la puerta de la casa alumbraba la escena la luz de un carburo, cuyos efluvios me producían un inexorable empalago olfativo. Dentro, cabe la lumbre, en el alcabor de la chimenea, la tía y la mocita se afanaban sobre unas trébedes con sartén, en la que humeaba el aceite.

El tío se terciaba en una mecedora de madera con lecho de lona; los dos hombres se encucillaban sobre unos tajicones grandes de corcha y yo atendía sentado en una sillita de maderas torneadas, pintadas de negro, y asiento de eneas trenzadas.

Hablaban de la faena, de la labor de las gentes y de las bestias, pero puedo recordar que con frecuencia la tertulia del ocaso sereno, en aquellos días, derivaba indefectiblemente hacia aquel asunto que absorbía mi atención.

Hablaban.

“Don Alfredo Castro Serrano...parece que lo estoy viendo, qué tío más “templao”; liaba unos cigarros gordos que se le apagaban de continuo, y luego con aquel mechero todo el día encendiendo aquellos tacos. Regimiento de la Victoria, Batallón LXXV...¡Presentes!...No sé cómo salimos de aquel pueblo, cerca de Madrid, aquel pueblo...Villa...Odón...¡Villaviciosa de Odón! ¡Y el capitán? ¡Cómo se llamaba, coño?...el capitán...Álvarez Entrena, sí; pero el nombre...no me acuerdo. ¡Madre, la que nos cayó allí! Teníamos enfrente a los de Líster, nada menos. ¡Y hala “palante”, me cagüen diela!...Cuando nos relevaron no quedábamos ni veinte. Yo pensaba que si no había caído allí, ya no caía. La madre.....”

Claudio abría un librito, sacaba un papel, lo sostenía con el pulgar y el corazón izquierdos y con el índice doblado repartía la picadura de bote de hebra que echaba desde la petaca. De